

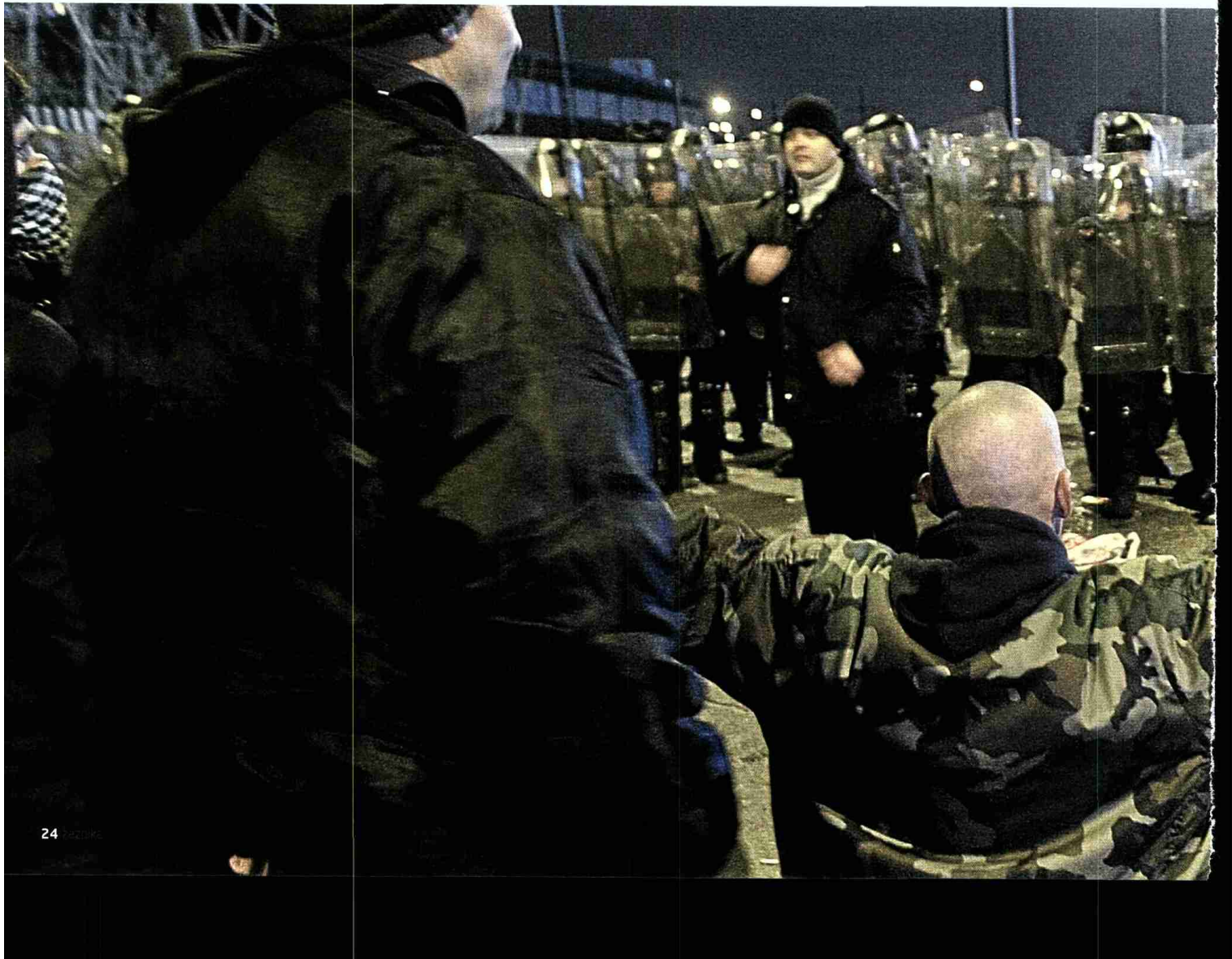


REPORTAJE

HUNGRÍA EN EL PRECIPICIO

El Gobierno de mayoría absoluta del ultraconservador Viktor Orban y la presión del tercer partido del país, el anticomunista, antieuropeísta y antisemita Jobbik, siguen desmantelando las estructuras democráticas del país, inmersa en una fase política pre fascista. Algunos miembros del Parlamento Europeo y de la Comisión alzan la voz, pero los estados miembros de la UE callan.

Texto: **Josu Juaristi**





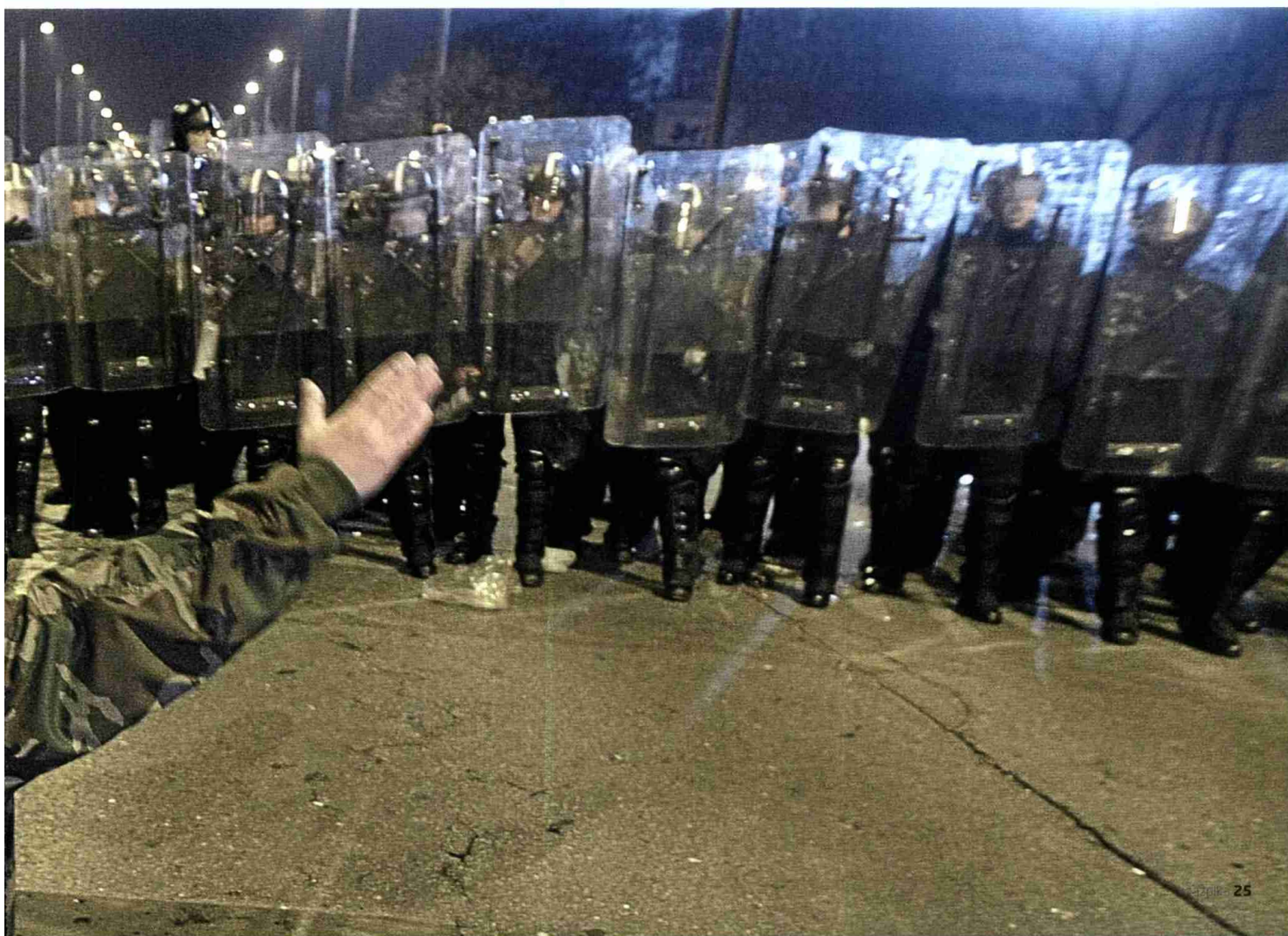
Viktor Orban y su partido, Fidesz, controlan dos tercios de la Cámara húngara desde 2010 y lo están aprovechando para dismantlar las estructuras democráticas de Hungría. Desde hace más de dos años, artistas, filósofos, actores y disidentes en general están en el punto de mira, y otro tanto sucede con derechos básicos como la libertad de prensa y la independencia de la justicia. La Magyar Gárda o Guardia Húngara, los paramilitares del tercer partido del país, la anticomunista, antieuropeísta y antisemita Jobbik, desfilan uniformados una vez al mes en las calles de la preciosa Budapest incitando al odio contra los judíos y contra la comunidad gitana.

Reforma tras reforma, Orban ha limitado la independencia del Banco Central (contestada por la Comisión Europea), la capacidad de control del Constitu-

cional sobre el Legislativo, la autonomía universitaria, el día a día de las minorías, la independencia de la agencia de protección de datos, ha adelantado en ocho años la edad de jubilación para los jueces, ha aprobado una ley que permite el despido masivo de los trabajadores públicos sin necesidad de justificación explícita, ha perseguido a intelectuales enfrentados al poder, impuesto un férreo control sobre los medios de comunicación públicos y una ley totalitaria de prensa, ha aprobado la persecución retroactiva por «crímenes comunistas» anteriores a 1989, acosa a los homosexuales y trata de reducir sus derechos (el matrimonio homosexual es «inimaginable» en la Hungría de Orban, como él mismo dijo recientemente) y busca, en fin, la instauración de un viejo sueño étnico, espiritual y territorial, el de la Gran Hungría.

Antidisturbios y hooligans húngaros, frente a frente en agosto del año pasado, tras un partido de fútbol en Budapest contra la selección de Israel. El partido se celebró a puerta cerrada debido a los choques provocados por los neonazis.

Fotografía:
Ferenc Isza





Una rica vida intelectual, un cierto ambiente de tolerancia y buenos modales y un cosmopolitismo y europeísmo natural e ilustrado (como recogía el novelista, periodista y gran viajero Sándor Márai en unas memorias escritas cuando tenía solo 34 años) caracterizaron a Budapest en el periodo de entreguerras del siglo pasado pero, entonces como ahora, la desenfadada Europa fue incapaz de reconocer las inquietantes señales que llevarían en pocos años a todo el continente al desastre. Marai nació en 1900 y falleció en 1989, con lo que se perdió el salto sin red, de la noche a la mañana, al capitalismo. Esa transformación radical desembocó, en pocos años, en una sensación de desencanto entre quienes soñaban con un rápido renacimiento y una prosperidad que no terminaban de llegar, destruida la clase media y ahogada la mayoría de la población húngara.

Y todo ello terminó por aupar al populismo y a las viejas señas de identidad del sueño de la Gran Hungría, alimentada por un discurso «puro», victimista, masculino y territorial. Viktor Orban se subió rápidamente a esa ola y ha terminado por colocar a Hungría y a sus 10 millones de habitantes (tres más desperdigados por los países vecinos) en una situación claramente pre fascista, cuando menos pre fascista.

La desidia la Unión Europea. Entre 2010 y 2013, las reformas de Orban y su complacencia hacia los neo fascistas de Jobbik han provocado varios choques con algunos estamentos de la Unión Europea, especialmente con representantes de la Comisión y el Parlamento europeos. Pero ningún estado miembro, salvo alguna declaración diplomática aislada y menor, ha alzado la voz ni propuesto ninguna acción contra el Ejecutivo de Orban, con lo que las reprobaciones del Parlamento o la Comisión quedan en nada. Y la UE tiene hoy más motivos que nunca para esgrimir el artículo 7 de la versión consolidada del Tratado de la Unión Europea, que nació al calor de la llegada del ultraderechista Jörg Haider al Gobierno austriaco y que prevé que el Consejo pueda decidir, por mayoría cualificada, que se suspendan determinados derechos derivados de la aplicación de los tratados a un Estado





HUNGRÍA

Hace exactamente un año, un hombre preparaba la comida con sus hijos en su destartada casa de Miskolc. En Hungría, el porcentaje de niños malnutridos asciende ya a un 14%, de acuerdo con los datos facilitados por el propio Gobierno.

Fotografía: **Peter Kohalmi**



miembro, incluidos los derechos de voto del representante del Gobierno de dicho Estado en el Consejo si se constata la existencia de un riesgo claro de violación grave de los valores contemplados en el artículo 2, que dice así: «La Unión se fundamenta en los valores de respeto de la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, Estado de Derecho y respeto de los derechos humanos, incluidos los derechos de las personas pertenecientes a minorías. Estos valores son comunes a los Estados miembros en una sociedad caracterizada por el pluralismo, la no discriminación, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y la igualdad entre mujeres y hombres». Poco de ello se cumple en Hungría. Con todo ello en mente, el líder de los liberales europeos, el eurodiputado belga Guy Verhofstadt, propuso el 21 de marzo aplicar de forma inmediata el artículo 7 a Hungría. No hubo acuse de recibo.

El Fidesz de Viktor Orban y Jobbik son herederos sin complejo alguno de muchas ideas expresadas o aplicadas por Jörg Haider o Silvio Berlusconi, e incluso por el PP de Aznar, Rajoy y compañía (Fidesz, por supuesto, es miembro del Partido Popular Europeo). Sin embargo, la UE, por boca de Martin Schulz y Duraó Barroso, se ha limitado a expresar sus «dudas» sobre la legalidad de las reformas constitucionales aprobadas por el Parlamento húngaro y a solicitar a Orban que se adecue a las normas comunitarias. Se trata, básicamente, del típico «estamos preocupados» comunitario seguido del manido y estéril «usaremos todos los instrumentos a nuestra disposición» para garantizar que Hungría respete las leyes europeas. Más un breve cruce de cartas entre Bruselas y Budapest y alguna llamada telefónica desde el despacho de Barroso, la última el pasado 8 de marzo. Poca cosa. Nada.

Orban ha mantenido un doble discurso hacia la Unión Europea, a veces conciliador y otras desafiante. Y siempre populista, como cuando rechazaba en setiembre pasado las condiciones que la UE y el FMI le imponían para desbloquear una ayuda de 15.000 millones de euros, condiciones que contemplaban recortes en las pensiones, aumento de la edad de jubilación y de los impuestos sobre la renta, aplicación de impuestos sobre inmuebles, apoyos a los bancos y eliminación del impuesto al sector bancario.

La situación económica es grave: el país está en recesión; el salario mínimo es uno de los más bajos de toda la UE; el riesgo de que los trabajadores pierdan su empleo es uno de los más altos, solo superado por Malta, Portugal, Rumanía y, por encima de todos, España; la tasa de paro permanece en un 11%, aunque el desempleo juvenil sube y llega ya al 29% y la deuda pública se sitúa sobre el 80% de su PIB. Es posible que la crisis y la necesidad de financiación internacional



(principal instrumento de presión de la UE) sean las que terminen por hacer descabalar el proyecto de Orban (las últimas encuestas reflejan una tendencia a la baja tanto para Fidesz como para Jobbik), pero habrá dejado tras de sí un panorama desolador que marcará la realidad política y social húngara por años. Y, mientras tanto, la Unión Europea habrá perdido otro poquito (o mucho) de credibilidad.

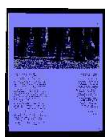
El 24 de marzo, Soledad Gallego-Díaz escribía en el diario "El País" que el Gobierno de Orban acababa de conceder los premios más importantes del país «a un periodista (Ferenc Szaniszló) que es un notorio antisemita y que califica a los gitanos de "no humanos" (otro periodista, Zsolt Bayer, fundador de Fidesz, los llamó "animales"); a un arqueólogo que asegura que los judíos eran traficantes de esclavos en la Edad Media y a una banda de rock que ameniza los desfiles del partido nazi Jobbik, el mismo que aterroriza a los gitanos con sus frecuentes agresiones por pequeños pueblos del interior del país».

El Ejecutivo húngaro se defiende atribuyendo las críticas europeas a «malentendidos», o a que en Bruselas no tienen suficiente información, y añade que está dispuesto al diálogo siempre que las críticas estén basadas en hechos y argumentos. Es decir, sigue tratando de ganar, o de perder, tiempo. Y eso, a veces, resulta ser suficiente para esta Unión Europea, porque si Orban habla en Budapest y advierte de que nadie, ni la UE ni el FMI le dirá lo que tiene que hacer, Bruselas no escucha, o calla. No debe extrañar que el hoy

eurodiputado del PP Jaime Mayor Oreja presentara a Orban en un acto celebrado en noviembre pasado en Madrid como «un referente de libertad».

La deriva del partido Fidesz. La web Cafebabel analizaba en 2011 la evolución del propio Orban y de su partido, Fidesz, desde la caída del bloque comunista. Orban, uno de los fundadores de Fidesz (acrónimo de Flatal DEMokraták SZövetsége, que significa Unión Cívica Húngara), participó en 1989 en las negociaciones de la Mesa Redonda entre gobierno y oposición, ganó peso político tras un discurso aquel mismo año en la Plaza de los Héroes de Budapest y rápidamente pasó de liberal a conservador puro y duro. Al mismo tiempo, alentó en todo momento los derechos de los tres millones de húngaros «étnicos» que viven en los países vecinos (sobre todo en Eslovaquia, Rumanía, Serbia, Montenegro, Croacia, Eslovenia y Ucrania).

Se convirtió en primer ministro en 1998 y repitió victoria en 2010. Dos mandatos en los que este futbolista, cristiano conservador, graduado en Derecho y amigo de José María Aznar ha ido escorándose sin freno hacia posiciones más y más conservadoras. Hace cinco meses afirmó que no le quieren en Bruselas tanto por su «ideología» como por ser el paladín de una «Europa cristiana». Con esos mimbres, dice estar embarcado en una «renovación total de Hungría en todas sus dimensiones, económica, espiritual...», lo que incluye «ajustar cuentas» con la era comunista, criticar a la UE y sostener su concepción de país en



HUNGRÍA



tres pilares: patria, religión y familia, tres pilares muy del gusto del Partido Popular Europeo y de su lucha ideológica dentro de la Unión Europea.

Por gusto y conveniencia, la derecha europea está dando rienda suelta a personajes como Viktor Orban y a sus políticas, lo que, al mismo tiempo, está alentando un antieuropeísmo populista y de corte pre fascista. Muchos mencionan ya los paralelismos con épocas precursoras del nazismo y del fascismo. Pero no solo porque políticos más extremos como Orban o el auge de movimientos ultraderechistas en muchas partes de Europa así lo augure, sino porque la derecha mayoritaria en los gobiernos de los estados miembros de la Unión y la inoperante socialdemocracia lo están alentando o, cuando menos, no hacen lo suficiente, o lo adecuado, para frenarlo.

Muchos líderes europeos limitan sus críticas a las «tendencias nacionalistas» en algunos estados miembros, sobre todo en Europa Central, pero esconden o disimulan que, al calor de las medidas adoptadas e impuestas en estos tiempos de crisis, la ofensiva ideológica es más amplia y general, a nivel casi europeo.

La transformación de la sociedad siempre ha sido labor y deber de la izquierda, pero desde hace demasiados años es la derecha la que la está transformando, en la peor de las direcciones. Quizás las elecciones europeas de 2014 (las húngaras son el mismo año) anuncien un cambio de ciclo, quizás el cambio lo propicie la sociedad de otro modo pero, mientras tanto, el daño está siendo enorme, y no solo en Hungría.

A la izquierda, una pegatina de Fidesz tapa la boca de un manifestante en protesta por la nueva Constitución. La concentración antugubernamental tuvo lugar frente al cuartel general del partido de Viktor Orban, en Budapest, el pasado 30 de marzo.

La reforma de la Carta Magna húngara entró en vigor el 1 de abril. Sobre estas líneas, un detalle del quinto aniversario de la creación de la neonazi Magyar Gárda en la Plaza de los Héroes de Budapest, el pasado 25 de agosto. La Policía prohibió la marcha, pero los participantes recurrieron esa decisión y la Corte Metropolitana de Budapest declaró finalmente legal la manifestación.

Fotografías:
Attila Kisbenedek
Peter Kohalmi